



Me parece que Carlos podría ser un buen padre de familia, pero prefirió ser un gran ajedrecista, un ajedrecista famoso. Así comienzo a pensar cada vez que me dirijo hacia su cuchitril, porque no hay otra manera de llamar a su departamento. Todo absolutamente todo tiene un orden tan inexplicable como su propia cabeza, nadie más que él entiende su tiradero y sólo él se entiende, lo único que se mantiene intocable es su tablero de ajedrez en donde juega contra sí mismo. Digo que así pienso cada vez que camino a su casa porque nos reunimos todos los martes para tomar café y desenfundar viejos recuerdos, y si bien Carlos no fue padre de familia, sí ha sido mi mejor amigo y mi unigénito. No, no lo digo en el sentido literal de la palabra; yo también decidí tener una profesión algo extraña; soy etnólogo y, por lo tanto, tampoco tengo hijos. Carlos diría que soy su único hijo. En fin, hoy camino hacia su cuchitril y no tengo más remedio, pensar todas estas estupideces se me ha vuelto un vicio. Es de madrugada, puedo oír las aves trinar como un gran concierto de Haendel para flauta, la calle está húmeda de rocío y se siente ese frío que penetra hasta el tuétano, pero no exige una chamarra muy gruesa, la luz es apenas suficiente y el cielo empieza a tener tonos grisáceos, la calle está tan sola como un veinticinco de diciembre.

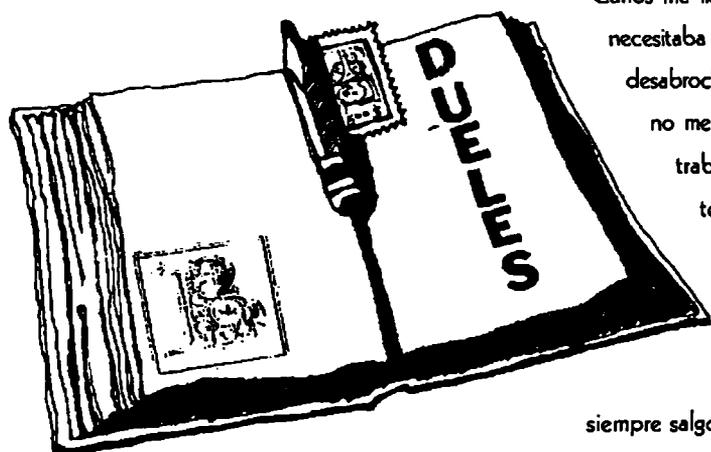
Nunca lo he entendido, ni creo poder ajustar mis entendederas a las suyas. "Peón de negras a caballo de blancas", fueron las primeras palabras que le escuché. Como si nos estuviera describiendo. Yo era corpulento, más pálido que la leche, de ojos astutos, cabellos lacios y rebeldes y dientón como un

caballo de blancas. "Peón de negras a caballo de blancas", tal vez estas palabras han forjado una eterna amistad, las repetimos cuando tenemos un problema y la sonrisa brota tímida en los labios. Tendríamos entre once y doce años, era nuestro primer año en la Técnica 22. Carlos ganaba la partida final de ajedrez contra el "Patás verdes", un maestro de historia. "Peón de negras a caballo de blancas" fraguaba su inesperada victoria, y hasta se dio el lujo de matar a la reina antes del contundente jaque-mate. Hasta ahora no he podido ganarle una partida como tampoco he podido entenderlo.

Preparaba yo una conferencia de prensa del Instituto Nacional Indigenista con motivo de las fiestas del día de muertos en Mizquic. Trabajo para el INI, aunque es puro amor al arte porque lo que pagan es insuficiente para siquiera vivir a pan y agua. En realidad para mantenerme tengo una pequeña librería en la que además se sirve té en un par de mesitas que normalmente ocupan un grupo de ancianos, ahí leen el periódico todos los días. Es algo divertido verlos; llegan uno a uno, compran el periódico, se saludan amablemente y medio hojean las páginas principales. Luego alguno pregunta "¿vieron el partido de ayer?, qué golazo del Buitre", así comienzan a hablar de fútbol, hay uno de ellos que es aferrado al Atlas y termina mentándole la madre a todos; al día siguiente como si nada, todo se repite. Decía, me tenía ocupado la dichosa conferencia de prensa; estaba yo en aquello de los nueve niveles de Mictlan que deben representarse en un altar, explicaba también el significado e importancia de cada una de las ofrendas que debe haber en el nivel de Tlalticpac, el hecho de que los difuntos menores venían en la víspera de la llegada de los adultos, y hasta cómo, después de la visita, los alimentos y bebidas que son probados por el alma que los visita pierden el sabor y aroma. Todo esto iba deshilachando a modo de introducción cuando recibí la llamada de Carlos. "Peón de negras a caballo de blancas", se quedó callado y alcancé a escuchar cómo una lágrima rodaba por la mejilla, luego se escuchó un suspiro "jaque al rey de negras", y colgó. No entendí, nunca lo he entendido, sólo supe que estaba en aprietos y necesitaba verme.

* Centro Universitario de la Costa, Campus Puerto Vallarta, Universidad de Guadalajara. Tel.: (328) 1 05 20 y 1 05 21. Correo electrónico: torresr@vallarta.cuc.udg.mx

Mis pasos se escuchan huecos sobre la banquetta desquebrajada, las fachadas están mojadas por la lluvia de anoche, en las ventanas todavía se ven las gotas que se rehusan a escurrir. El camino hacia el cuchitril es algo pintoresco y no puedo negar que me agrada recorrerlo, aún más ahora que no hay ninguna alma que me distraiga, porque hay que decir que los merolicos me entretienen el trayecto —“Mire, no deje que se le engañe, acérquese que le estamos ofreciendo un producto milagroso. Para esa verruga que le incomoda desde hace mucho, para lunares, para las pecas, para el mezquino en su dedo gordo, váyase arrimando, váyase acercando, ...”— y nunca falta una falda corta portadora de chamorros exquisitos, capaz de sacarnos de cualquier tipo de cavilación. Hoy está todo tan sereno que se pueden disfrutar las rejas de hierro forjado custodiando las casas, las tejas de barro sobre las más antiguas ya se ven negruzcas por la humedad, las más modernas ostentan las formas rectangulares y están pintadas con colores vivos, se nota la



presencia de Barragán y Díaz Morales. Mis pasos se siguen escuchando huecos, tan huecos como la voz de Carlos en el teléfono “peón de negras a caballo de blancas”, lo recuerdo con cada golpe de mis suelas contra el asfalto.

El día de la graduación de la secundaria decidimos solicitar becas en la misma preparatoria, nuestros padres no podían mandarnos a escuelas privadas y era la única manera de asegurarnos de estar juntos en la prepa. Ese año Carlos fue el campeón nacional de ajedrez en los encuentros de secundarias técnicas y el único que lo vencía de vez en cuando era su papá, me pregunto si Carlos no le dejaba ganar a propósito. Yo no le entendía, mañana, tarde y noche sin aburrirse. En aquel entonces no había nintendo, Carlos tenía *atari* exclusi-

vamente para jugar *chess*, ni siquiera husmeó el cartucho de *pinball* que venía con la consola. “Peón de negras a caballo de blancas, ¿nos vemos en el baño?”, me dijo entre dientes cuando bailábamos el vals de los graduados esa noche. “Ofrecen becas con los misioneros del espíritu santo, yo la puedo sacar fácil con lo del ajedrez, tú tienes buenas notas, ¿te late chocolate?”, nada más agregue: “Papel periódico, pero tenemos que ir el lunes, ¿ya vas?” No fue necesaria una afirmación, ambos conseguimos las becas, aun cuando nunca le he podido ganar una partida.

La conferencia de prensa es a las doce y no he terminado el bla, bla, blá, seguramente Mary sabrá cómo terminarlo. Mary estudió arqueología y aunque su fuerte son las construcciones, sabe bastante de las costumbres y filosofías de los antiguos, porque el resto de los que trabajan conmigo son fotógrafos y pintores muy comprometidos con la causa, pero neófitos en la materia, sin contar con las secretarías, recomendadas todas no hacen más que deglutir cuanto porquería se acercan a ofrecerles. Bonito país el nuestro, en Suiza hay más gente que habla náhuatl que en la capital del mundo náhuatl, no debe de sorprenderles. Debo llamar a Mary tan pronto llegue a la casa de Carlos, para pedirle el favor de sacarme de este embrollo. “Peón de negras a caballo de blancas”, ¿qué tendrá ahora este imbécil?, tengo casi veinte años de venir oyendo esa frase para describir los problemas más inverosímiles. Cierta ocasión, Carlos me llamó desde un teléfono público, estaba en el parque Revolución y necesitaba mi ayuda urgentemente, la causa, un brassiere que no sabía cómo desabrochar cuando estaba a punto de aventarse su primer faje. Ojalá esta vez no me haya llamado para preguntarme qué hacer con cierta compañera de trabajo, quien pasó la noche en su casa, aunque lo creo suficientemente capaz.

Ha comenzado a llover de nuevo, de esas chinga quedito, no muy fuerte, pero sí muy constante. Dicen que la primera lluvia del año purifica el alma y el espíritu, no sé si sea por eso que me gusta caminar bajo la lluvia, el día de San Juan siempre salgo a caminar para sentir las gruesas gotas de agua sobre mi espalda, me gusta también chapotear en los charcos aceitosos. En el instituto saben muy bien que el día de San Juan yo llego con una gripa asquerosa, y hasta me tienen preparado un té de ajo con cebolla que de acuerdo con los libros de herbolaria es el mejor remedio. La primera vez que nos empapamos bajo la lluvia fue precisamente el día de San Juan, Carlos venía explicando por qué un enroque puede ayudar a tener un jaque mate si se utiliza un caballo, lo que lejos de ayudar puede resultar en contra de quien enroca si no lo hace sesudamente. Íbamos hacia un café del centro donde nos esperaban Sonia y Julieta, dos de las chavas más guapas de la prepa, para explicarles un poco a Platón, pues les había ido muy mal en filosofía. Cuando comenzó a llover la reacción de Carlos fue intentar parar un taxi, pero yo disfrutaba tanto la humedad en mi ropa que terminé por contagiarlo y caminamos así cerca de diez cuadras, terminamos ensopados. Cuando llegamos al café Sonia arrugó la nariz como si le hubieran acercado a oler un pedazo de mierda, “peón de negras a caballo de blancas”, oí a Carlos que se apasionaba por las piernas de Sonia, los dos nos echamos a reír como estúpidos y las damas fingieron haberseles hecho tar-

de. Hasta la fecha me reclama haberle echado a perder su única cita con Sonia. "Peón de negras caballo de blancas", eso puede significar muchas cosas, problemas pequeños o grandes, hasta las meras ganas de platicar algo que recientemente le sucedió, quizá su última victoria en una partida de ajedrez en Las Hierbitas, antrazo en el que suele ponerse la peor de las pedas. Ni siquiera en la peor de las briagas le he ganado al ajedrez, él sin embargo se divierte mucho cada vez que lo reto. "Ahora sí perro, te gano porque te gano, o dejo de llamarme Alfredo", si en realidad apostara el nombre ya habría recorrido el santoral completo con tantas derrotas. "Jaque al rey de negras", no lo entiendo, nunca he entendido sus metáforas freudianas. Por supuesto se refiere a él, pero ¿por qué diablos me llamó tan temprano?, ni siquiera me dejó hablar. "Peón de negras a caballo de blancas", silencio "jaque al rey de negras", clic. Aún no entiendo si debo preocuparme. Nunca lo he entendido así como nunca le ganaré en una partida de ajedrez. Pero es mi mejor amigo.

"Peón de negras a caballo de blancas", llamé a su casa alguna vez sollozando. "Me cogieron la dama de blancas", continué. Alguna vez intenté tener una familia, quiero decir una pareja con quien compartir mi espacio y mi tiempo. Ella era muy alta, morena y de facciones finas, los ojos grandes y muy vivos, con ese brillo de la gente que se sabe en este mundo con certeza, lo mismo se proyectaba en sus actitudes. Dos años me tardé en aburrirla con mi pasión por el indigenismo. Una mañana desperté todavía rozado y húmedo de sexo, ella ya no estaba, ni su ropa, ni siquiera su aroma. Sólo me dejó una fotografía vieja y la cabeza llena de recuerdos. "Peón de negras a caballo de blancas", y una lágrima me rodó, Carlos apareció misteriosamente antes que pensara en colgar el teléfono. "Me cogieron la dama de blancas", y comencé a llorar como un niño, Carlos me abrazó, tal cual hubiera abrazado un padre a su hijo y juntos lloramos hasta reírnos de nuestra inmensa soledad.

Mientras camino, ahora con un paso apresurado pues me he tardado un poco más de lo normal, me imagino las lozas de concreto sobre el arroyo de las calles, son grandes lajas de piedra y que el sonido que producen mis pasos sobre ellas es parte de la percusión de una danza ceremonial donde los grandes huehues convocan a un tlahtolli, la fiesta de la palabra, en la que los ancianos daban sus mejores consejos y elegían los destinos de sus pueblos. Un celador en bicicleta me despierta bruscamente con su silbato, va anunciando que la guardia de la colonia se cumple aun de madrugada. Falta un par de cuadras para llegar al cuchitril de Carlos y no he dejado de atormentarme con los recuerdos, debí haber tomado un taxi. Mis pasos se escuchan huecos. Además la conferencia no está lista y no sé si podré localizar a Mary para que me eche la mano. Debería atormentarme más con lo que sucede hoy con esa cascada de recuerdos. Escucho de nuevo el silbato, ahora más lejos. Cada vez estoy más lejos de comprender las jugadas de Carlos.

Un taxi pasó justo frente a mí, me tocó el claxon y me hizo una señal preguntándome si me llevaba. 'Ya para qué, maestro', pensé mientras un gesto le indicaba que no me subiría a su garra de Renault 18. Se siguió como si nada, era muy temprano y se tenía que buscar el pasaje de calle en calle. Al retirarse reflexioné, hubiera sido mejor abordar el taxi y no caminar esas dos últimas cuadras, tengo prisa y no me hubiera costado más de cuatro pesos.

"Peón de negras a caballo de blancas", la frase retumbaba con ese sonido hueco de



la voz de Carlos con cada uno de mis pasos, y Carlos ganándome alguna partida de ajedrez. Así paso el resto del trayecto, entre el bombardeo de recuerdos, la frase que no importa qué quiere decir, sino lo que significa ahora, poco menos del metro de avance. De pronto me encuentro en el porche de su cuchitril. La última vez que discutimos acerca del fútbol, fue en una tremenda borrachera de hierbabuena con aguardiente de caña. Carlos no dejó de comparar el juego con su más grandiosa jugada de ajedrez. "Claro", le dije, "una victoria del Atlas es como el que yo te gane una partida de ajedrez", y soltó una fuerte carcajada. "No dejas de ser bestia", y me golpeó en el brazo con el puño cerrado. Ahora estoy frente a su puerta y no sé cuál es la mejor manera de llamar.

Di dos golpes y no hubo respuesta, esperé un poco y volví a llamar. Desesperado le menté la madre, giré la chapa. Estaba abierto, cuando entré, la sensación de haberle ganado por fin una partida me inundó, alcancé a escuchar el vacío que se abría en el aire. La ventana estaba completamente abierta y Carlos, no sé, quizá era la mancha en el pavimento. 🗑️